

Excursión a Albánchez

LA CUEVA DE LOS ESQUELETOS. EL CASTILLO.
LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS

ERA una hermosa mañana de fines del pasado agosto; el sol que acababa de aparecer en el horizonte hacía visibles los matices del campo, dorando las cimas de los montes y multiplicando las verdes tonalidades de los huertos, donde bandadas de pajarillos sacudían el letargo nocturno y saludaban con sus alegres cantos la aparición del astro del día.

Por la carretera que, desde Jimena, conduce a Albánchez caminaban unos excursionistas montados en sendos burros, cuya pacienzuda marcha se empeñaban en acelerar, sin que sus esfuerzos lograsen siempre el resultado apetecido. Ya habrá adivinado el lector que era uno de esos ginetes el que estas líneas le dedica.

Mañana espléndida, campos alegres, tertulia de amigos queridos, bien repletas alforjas, esperanza de visitar curiosos restos del tiempo pasado....., más no puede pedir el más exigente.

Recogimos en *Gutar* nuestro guía, atravesamos Albánchez, y nos dirigimos a la *Sierra de los Castillejos*, en busca de algunas antigüedades de las cuales teníamos noticias; apuramos durante todo el tiempo posible el esfuerzo de nuestras acémilas, en tanto que su lentitud, también apuraba nuestra paciencia, y al llegar a escabrosidades inaccesibles para los cuadrúpedos, empuñamos el indispensable bastón ferrado de alpinista, y dejamos pastando a los brutos, de los cuales nos alejamos no sin echar en breve de menos sus servicios, pues el sol aprieta, la ascensión es violenta y el sudor baña nuestros cuerpos.

En un paraje denominado *Las Zorreras* existe una cueva donde se han hallado restos humanos, por lo cual la llaman de los *Esqueletos*; a ella nos dirigimos, después de hablar con su descubridor que cultiva un campo próximo. Nos dice que hace pocos años entró en la cueva, cavó en ella y halló muchos huesos, siete calaveras, algunos *pucheros* de barro oscuro con boca ancha, y dos barras de cobre; inútiles resultan nuestras pesquisas para descubrir el actual paradero de tales artefactos.

La cueva es pequeña, situada en la parte alta del monte y orientada casi a poniente; su techo es firme y está adornado por estalactitas; el suelo cubierto de piedras sueltas y escombros removidos; la entrada tan angosta que obliga a penetrar reptando, y una

abertura lateral cual tosca ventana por donde se ilumina el recinto.

Don Manuel de Góngora en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía* obra editada en 1868 habla del descubrimiento de cierta cueva «bajando el pequeño puerto que separa las villas de Torres y Albánchez» en la cual se hallaron unos esqueletos sentados en semicírculo en torno de una olla de barro, y diversos instrumentos de pedernal. Como desgraciadamente sucede, prosigue diciendo el aludido historiador, desbaratóse cuanto allí había. Evidentemente, puesto que el sitio coincide, esta cueva es la visitada por nosotros, cuyo recuerdo se había perdido hasta el punto de considerarse hoy como su descubridor al que hace pocos años halló en ella vestigios de lo que más de medio siglo antes fué ya removido y destrozado.

Minuciosamente examinamos la cueva y sus inmediaciones sin ver resto alguno de industria lítica, ni de cerámica, pero sí numerosos huesos humanos entre ellos parte de dos cráneos, interesantes por la extraordinaria depresión del frontal que apenas se eleva sobre las órbitas de los ojos. Nos encontrábamos pues, en una necrópolis de los primitivos habitantes de nuestra península.

A melancólicas reflexiones se presta el espectáculo de estos vetustos y abandonados restos....., pero bien pronto olvidamos toda meditación triste para dedicarnos a consumir la succulenta comida que debía prestarnos fuerzas para la empresa que proyectábamos. Era esta la visita al *Castillo de Albánchez*, cimentado; dominando el pueblo, sobre el primer risco de la Sierra de los Castillejos. Dura y arriesgada fué la marcha por la misma, si bien compensó la fatiga la belleza de aquellos picos de fantásticas y medrosas apariencias, que se alinean como ejército de titanes, o bien semejan construcciones ciclópeas, arcos, torres y muros, entre los cuales avanzamos como pigmeos camino del Castillo; al llegar a éste, redoblamos las precauciones en la marcha, deslizándonos por unas rocas al borde de elevado peñón tajado verticalmente, y penetramos a gatas por angosto orificio del muro, único acceso a aquel extraño reducto.

Consta éste de tres recintos rectangulares de mediana extensión, y en plantas diversas, uno de ellos completamente oscuro y cubierto de sólida bóveda; los otros iluminados por aberturas cuadrangulares y con la techumbre destrozada. Por el lado que mira a Albánchez un muro almenado sepárase del castillo, formando ante él un pequeño patio de armas por el cual se entra al edificio; en un rincón de dicho muro se abre el boquete por donde nosotros penetramos. La construcción recuerda la obra romana, y su estado de conservación deja bastante que desear; nada queda de maderas, y muchas piedras amenazan desplomarse. Todo lo examinamos fre-

pando por donde pudimos, pues las escaleras han desaparecido, y admiramos la abnegación y el valor de los hombres que se encastraban en aquel nido de águilas casi inaccesible, y que al acercarse una tropa enemiga tal vez no tendrían más esperanza que la de morir matando, para distraer y disgregar las fuerzas contrarias, mientras se apercibía a la defensa el grueso del ejército cuya leal y vigilante avanzada estaría constituida por aquel puñado de valientes moradores del Castillo.

Bastantes apuros nos costó descender del mismo, y cuando hubimos descansado, refrescando nuestras fauces en una huerta del próximo valle, nos dirigimos a la *Peña de los Enamorados*, última parte del programa de la excursión.

También en la referida obra del Sr. Góngora se cita dicha peña como un *monumento megalítico*; tal aspecto ofrece realmente una aglomeración de bloques colosales que por allí existe; pero la piedra misma conocida por aquel nombre más bien nos pareció un capricho de la naturaleza, extraño a toda intervención del hombre.

Rápida fué nuestra visita a estos lugares; la noche se acercaba y era necesario poner término a la expedición. Un espléndido plenilunio nos serviría de poética antorcha en nuestro camino, iluminando el paisaje con su luz plateada. Nos despedimos de amigos afectuosos que en Albánchez nos saludaron y atendieron y emprendimos el camino de regreso, observando con regocijo que la perspectiva de la cuadra aceleraba la marcha de nuestras caballerías, haciéndola *casi vertiginosa*.

Así en breve perdimos de vista las agudas crestas de Los Castillejos, dejamos atrás los fértiles terrenos de Gutar y rodeamos la mole de Aznatín cuyas escarpadas laderas reflejan la luz de la luna, aproximándonos a la villa de Jimena. Al desandar lo andado por la mañana, descubrimos las mismas perspectivas con tonalidades diferentes; también nuestra fantasía donde el alba impresionó cálidos y brillantes destellos de ilusiones y esperanzas, volvía iluminada por la suave y grata, pero algún tanto melancólico, luz de los recuerdos.

Termina la excursión y sus impresiones evocan la memoria de razas que murieron, de tiempos que pasaron, de civilizaciones y costumbres que para siempre desaparecieron; por eso nos decidimos a condensar aquellas impresiones en estas cuartillas, y fiados en la hidalga benevolencia de DON LOPE DE SOSA nos permitimos dedicárselas como modesto testimonio de recuerdo y afecto.

Mariano de la Paz Gómez y Rodríguez

Villa-María (Jimena), setiembre 1920.